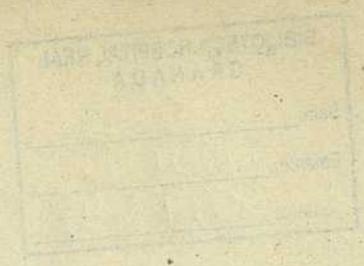


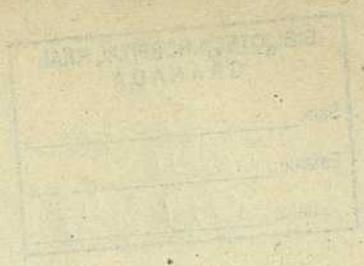
4

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27



ESPAÑA  
EN PARÍS





ESPAÑA  
EN PARÍS

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala: C

Estante: 001

Número: 094 (4)

~~C~~  
~~38~~  
23 18

---

IMPRESA GENERAL DE CH. LAHURE  
Calle de Fleurus, 9, Paris

---

R. 30173

ESPAÑA  
EN PARÍS

CRÓNICA

DE

LA EXPOSICION UNIVERSAL

DE 1867

POR

DON JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

---

MADRID

LIBRERÍA DE A. DURAN

CARRERA DE SAN GERÓNIMO, NÚMERO 2

1867

PROPIEDAD

ESPAÑA

EN PARÍS

LA EXPOSICION UNIVERSAL

DE 1889

MADRID

EN LA BIBLIOTECA

A

## LA PROVINCIA DE ALBACETE

A la mas humilde y desheredada de las provincias españolas;  
pero la única que se ha acordado del que escribe estas líneas para  
la Exposicion Universal de 1867,

DEDICA SU TRABAJO

EL AUTOR.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

LIBRARY

# ESPAÑA EN PARÍS

---

LLÁMASE este libro ESPAÑA EN PARÍS, por una razon análoga á la que tuvo el autor para llamar ESPAÑA EN LONDRES á otro libro que publicó en 1863. —Era aquel y es este, recopilacion de observaciones sugeridas por un acontecimiento universal, examinado bajo un criterio particular.

Los pueblos, como los individuos, tienen ojos debajo de su frente; y á la manera que dos personas de extraño origen suelen no ver una misma cosa aun cuando miren al mismo punto, así los pueblos de diversa procedencia ó de diverso estado suelen descubrir distintos horizontes en un conjunto múltiple, por mas que el foco á donde dirijan su mirada ofrezca caracteres de perfecta unidad. La raza, el temperamento, la ilustracion, la lengua, el adelanto, los recursos, cien cualidades que existen sin proporcion igual en las naciones, influyen en el criterio de cada pueblo para que

su mirada conjuntiva se diferencie esencialmente de la mirada de los otros. Un inglés, un italiano y un turco, por ejemplo, no verían la misma cosa asomados á una misma ventana; pero la descripción que cada cual hiciera de ella, aun suponiéndolas muy distantes en mérito y exactitud, satisfaría mejor á sus conciudadanos que la mas perfecta y acabada del ingenio extranjero. Y es que los pueblos poseen sin sospecharlo un juicio individualista, que corre parejas con su sentimiento de nacionalidad y patriotismo.

Ahora bien: las grandes exposiciones del trabajo humano significan: — todos enfrente de cada uno: cada uno enfrente de todos; — y como todos se reúnen este año en la capital de Francia, nuestro *cada uno* debe ir allá: — ESPAÑA EN PARÍS.

No es un viaje, sin embargo, lo que realizaria el ideal de ese título. Cuando la expresión de todas las fuerzas intelectuales se reúne en un punto dado, el observador tiene obligación de algo mas que mirar, tiene obligación de aprender. Si todos enseñan cada uno aprende; y como este año van á enseñar todos en la capital de Francia, nuestro cada uno debe aprender allí: — ESPAÑA EN PARÍS.

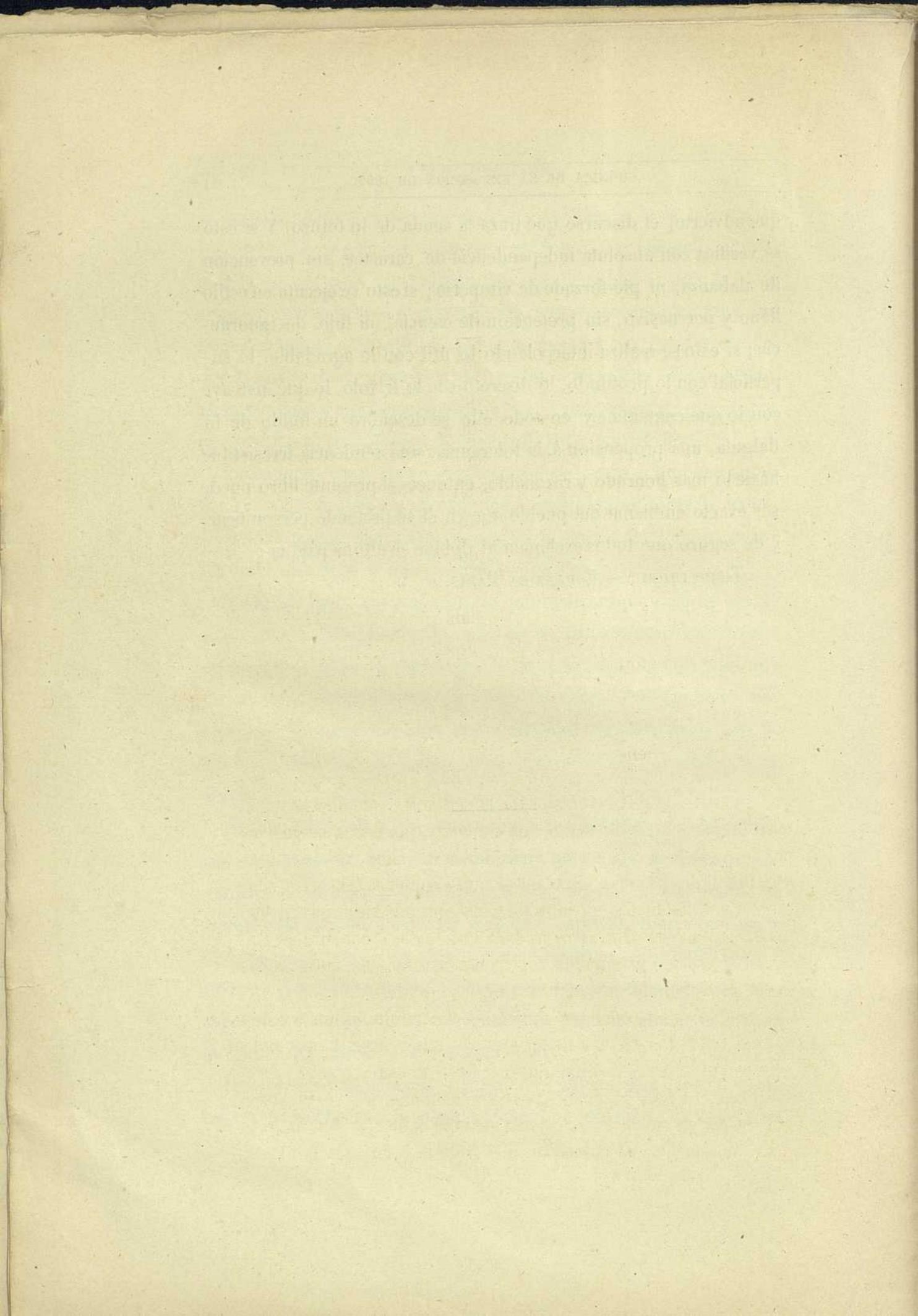
Mezcla, pues, de viaje y enseñanza, de pasatiempo y de doctrina, es el conjunto de las observaciones que en los certámenes universales se forma comunmente por los visitantes; pero como el criterio del estudio puede ser general ó especial, segun que parta de todos para todo ó de alguno para los demas, nosotros vamos á preferir este último método, y á mirar por consiguiente con ojos españoles el conjunto del entendimiento humano que se exhiba en la capital de Francia. — ESPAÑA EN PARÍS.

Observando, estudiando y juzgando, obtendremos tres derivaciones provechosas: la comparación que estimula, la enseñanza

que advierte, el discurso que traza la senda de lo futuro. Y si esto se verifica con absoluta independencia de carácter, sin prevencion de alabanza, ni pié forzado de vituperio; si esto se ejecuta en estilo llano y persuasivo, sin pretension de ciencia, ni lujo de ignorancia; si esto se realiza interpolando lo útil con lo agradable, lo superficial con lo profundo, lo discreto con lo frívolo, lo que instruye con lo que contenta; y en todo ello se descubre un fondo de hidalguía, una propension á la tolerancia, una tendencia irresistible hácia lo mas honrado y razonable, entonces el presente libro puede ser exacto emblema del pueblo que en él se pretende personificar; y de seguro que todos exclamen al doblar su última página :

« Tiene razon : — ESPAÑA EN PARÍS. »

---



# CAPITULO PRIMERO

---

## LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES

### I

Ni las exposiciones universales de la industria son nuevas en el mundo, ni París y Lóndres son dos ciudades que deben exclusivamente su existencia á la accion civilizadora del siglo XIX.

Algunos miles de años antes del en que comenzamos á escribir este libro y á distancias enormes de la en que nos hallamos al hacerlo, otros pueblos y otras razas habian llegado á constituir capitales como estas, y ostentaban exposiciones muy semejantes á las que admira el mundo de nuestros dias.

La causa de este paralelismo moral no es otra que la que preside siempre á todos los efectos materiales : — allí ocurre lo que debe suceder, cuando no es posible que suceda otra cosa.

Los hombres han experimentado constantemente, en mayor ó menor escala, necesidades exteriores : esas necesidades han exigido para ser satisfechas, el concurso de hombres exteriores tambien;

y la teoría del viaje, la teoría del cambio y la teoría del comercio, han ido dando de sí progresiva y naturalísimamente, la tienda, el almacén, el depósito expositivo; ó como si dijéramos, el bazar, el dock, el palacio de la industria.

Ningun fundamento esencial de la constitucion del mundo es invencion del hombre. El hombre no ha inventado ni inventará jamás las bases que preceden á su manera de vivir socialmente : esas bases las descubre, porque existen en el gérmen mismo de la naturaleza; y todo su espíritu de inventiva, la libre accion de todo su ingenio campean entonces sobre las bases preexistentes, produciendo efectos, en la índole unos, en la forma varios, segun las condiciones de los tiempos, las vicisitudes de los países y el grado en que se encuentra la civilizacion.

Si el hombre inventara, como algunos creen, la manera de constituir su vida social con independenciam de los fundamentos naturales del globo, no habria ido ciertamente á habitar las islas situadas en medio de los mares, batidas por las olas, amagadas por la tormenta, impelidas de continuo á la destruccion; no habria ido á situarse en las márgenes de los rios cenagosos y pestíferos, cuyas emanaciones enturbian la atmósfera, envenenan el cuerpo y abaten el espíritu del ribereño; no habria ido á establecer ciudades en desiertos sin fin, faltos de agua, de vegetacion, de elementos de vida y hasta de materiales para construir sus casas; no habria ido á plantar su tienda en medio de los bosques, cercado de las fieras, contenido en su movilidad, expuesto de asechanzas, y burlando, hasta donde es posible hacerlo, las inclemencias de una temperatura glacial, ó el tórrido reflejo de los ardores tropicales. El hombre buscaria el valle ameno y templado, circuido de montañas, roturado de arroyos, cubierto de flores y verdura, anidado de aves, y empedrado de peces; fiel trasunto de un paraíso á que convida el mundo frecuentemente, si no enseñara en su fondo la esterilidad de la holganza, el hambre de la comunicacion, la muerte de la vida.

Por eso el hombre que descubre y no inventa, segun antes decíamos, se ha situado en el pico de una peña suspendida hácia el

mar, por donde mas cercano se divisa el pico de otra peña que con la suya pueda comunicarse; y ha poblado la ribera de un rio, no importa su color ni el gusto de sus aguas, con tal de que conduzca por breve y fácil camino hácia el extremo opuesto de su curso; y ha creado ciudades y construido pueblos en llanuras estériles al parecer, pero que cortan la comunicacion de hemisferios poderosos, á los cuales la nueva ciudad pueda servirles de posada; y desdeñando, en fin, lo que á primera vista hubo de cautivarle y seducirle, se lanzó en otros tiempos, se lanza hoy y se lanzará siempre, no al ideal soñado de la conveniencía, sino á la práctica tangible de la necesidad.

Ahora bien : entre las necesidades especiales del género humano, la primera, sin duda, y la mas punzante de todas, es la que se refiere á la satisfaccion de las exigencias del cuerpo, así en su manera de desarrollarse, como en su manera de cubrirse y en su manera de cobijarse. Pan, vestido y techo fué lo primero que necesitó el hombre en este mundo ; y en tal suerte sentia esas necesidades por instinto quizá, que por instinto hubo de hacer alto en la vida nómada de devastador, para constituir la vida estable del ciudadano. — Correr por esos campos consumiendo las producciones vírgenes de la naturaleza, cazando al bruto para vestirse con su piel, y aprovechando el hueco de una peña para guarecerse de la tempestad ó entregarse al descanso, no fué nunca una vida definitiva, ni siquiera una vida transitoria en las razas humanas : fué una vida que se hace á influjo de la necesidad, que se sigue á impulsos de la presion de un clima ó de otras razas, que se acepta ínterin fórmulas mas cómodas y mas en armonía con los secretos resortes del espíritu, no aparecen en el terreno de las especulaciones factibles. El hombre cazador fué siempre el hombre fábula.

Al contrario : si un destello divino no hubiese inclinado siempre al hombre hácia el punto de la sociabilidad, el agotamiento de los frutos silvestres, el cansancio de las jornadas, los contratiempos y peligros de la roturacion perpetua, — le hubieran inducido á pararse en un sitio determinado, á pedir y otorgar los elementos de defensa comun, á establecer recíprocos deberes y derechos mútuos

con sus semejantes; en una palabra, á constituir la poblacion y el hogar. — Todo esto es rudimentario, clarísimo, incontestable.

Constituido el pueblo, detenida la raza, implantada la tribu, aparece una nueva necesidad que nadie inventa, pero todos descubren: la necesidad de la comunicacion. — Para no perecer de hambre en un desierto, es forzoso traer de otro punto lo que falta en aquel; y para conseguir eso que se busca, no hay como ofrecer aquello que se posee. El viaje y el cambio, nacen, por consiguiente, no ya del recinto de la ciudad, sino del seno mismo de la ranchería; porque la nivelacion de productos y consumos, que hasta el tiempo de ahora no ha sido ley averiguada por las ciencias sociales, era hace cuarenta siglos ley fatal y constante de la ciencia infusa de los hombres.

Alárgase la distancia con la esquilma del campo ó con el deseo de frutos nuevos que florecen en zonas diferentes, y ya la porcion activa y codiciosa del pueblo consumidor no se contenta con escudriñar en terreno vecino lo que ha de proporcionarle goces ó ganancia; sino que se arroja por sendas extraviadas en busca de lo bueno y abundante, para que su retorno le compense con gloria y con provecho del afan empleado en su peregrinacion.

Anda, pues, la caravana un dia y otro, una y otra luna, una y otra estacion, segun que avanza el tiempo y la escasez aumenta, hasta que el curso natural de las cosas llega á exigir que los valles se surtan de las montañas, y el suelo frio requiera las producciones de templados climas, y el habitante del interior necesite el fruto de las costas, y los de un lado busquen á los del lado opuesto, y los de un hemisferio no puedan pasarse sin la relacion y el cambio con sus antípodas.

Entonces la tierra ya poblada y en contacto mas ó menos frecuente, se divide en dos partes esenciales: la abundante y la escasa, la que tiene y la que necesita, la que ha de adquirir y la que puede dar. Juzgamos casi inútil exponer cual de las dos partes acrece en poblacion, en riqueza, en poderío y en concurso de hombres: vamos asentando la teoria de la necesidad, y la necesidad no se satisface mas que donde hay. El punto productor por natura-

leza fué evidentemente el punto primero donde la tribu, la raza y la nacion se cimentaron : allí se formó el mundo, diganlo ó no historias ó leyendas ; y allí, si en ese allí subsisten los focos de la produccion, allí volverá el hombre sus miradas y enderezará sus pasos constantemente, si evoluciones incomprensibles de sociabilidad le apartaron algun dia de la tierra feliz en que meció su cuna.

Veámoslo, si nó.

El mundo geográfico consta de varias partes ó hemisferios; pero el mundo social no cuenta mas que dos :— Oriente y Occidente. El uno es la mañana, el otro la tarde; el uno es la juventud, el otro la vejez; por el uno sale el sol, por el otro se pone; el uno es la vida, el otro la muerte.

Un secreto presentimiento de la humanidad, impulsa desde *ab initio* la lucha entre estos dos colosos del universo : Oriente se desliza casi por su propio impulso hácia Occidente; mientras que Occidente ansia abrirse los caminos del Oriente, á costa si es necesario de su tranquilidad y sus tesoros. Es este un remedo de la perpetua lucha del individuo, que cuando jóven desea, quizá indiscretamente, la virilidad, y cuando viejo se afana por retroceder á los primeros dias de su juventud.

Un tiempo hubo en que el Oriente contenia, como hoy el Occidente, los fundamentos todos de la civilizacion y actividad humanas. La industria y el comercio, la filosofía y la religion, el vasallaje y la preponderancia, producciones y consumos, ciencias, artes, navegacion, descubrimientos, empresas atrevidas, imposibles que se vencen, expediciones que se organizan, monumentos que se alzan, obras públicas que se realizan, puertos, canales, minas, roturacion, simiente, beneficio, — todo lo que hoy embarga la atencion y el ingenio de los pueblos de Europa, todo se agitaba y bullia en aquellos lejanos orígenes del sol, con increíbles brios y nunca bien comprendidas actividades.

Seis mil años antes que Occidente, habia en las llanuras de la Siria un Babilonia y un Nínive, dignos rivales del París y Londres que hoy monopolizan la desquebrajada y montañosa Europa. Cortadas por el Tigris y el Éufrates, como el Támesis y el Sena de nuestros dias, ambas ciudades, con la rivalidad instintiva de ingleses y franceses, la mayor seriedad de unos y el mas fácil acceso de los otros; una comunicacion breve y directa entre ambos, pero sin que esto les fusionase ni confundiese; con designios análogos, alianza forzada, intereses discordes, raza semejante y distinta, aun cuando de comun empuje y ardimiento, ninivitas y babilonios cortaban hace seis mil años, decíamos, el camino del Oriente, y disponian en consecuencia de las llaves del mundo.

Si se nos exigiera la designacion de semejanza entre cada dos de las cuatro ciudades, diríamos que Babilonia era el Londres, y Nínive el París de la antigüedad. Poco se sabe todavía de esta última, y librenos Dios de presentir que la suerte de los franceses sea su vencimiento y dominacion por los ingleses, como la de los ninivitas fué por los babilonios; pero dejando corrido el velo del porvenir, no contrariemos las experiencias y certidumbres del pasado.

Babilonia, segun los inmediatos estudios de un autor eminente, reunia cuantas condiciones pueden desearse para sostener el comercio con todas las naciones del mundo entónces conocido. Situada junto á un rio navegable que traia á sus muelles el producto de los climas templados de la Armenia; rio cuyo curso acercándose por un extremo al Mediterráneo, mezclaba por el otro sus aguas al Océano índico, era el punto de interseccion, y la posada, digámoslo así, entre el Oriente y el Occidente de la tierra. — Paralelo al Éufrates, corria á la vez el Tigris, menor en importancia, como el Sena respecto del Támesis, pero que, derivado tambien de las colinas de la Armenia, caminaba por los fértiles distritos de Asiria, llevando sus variados frutos á las ciudades babilónicas.

Los ingleses del mundo antiguo no despreciaban tampoco las ventajas comerciales de que les habia dotado la naturaleza; y sus canales navegables, sus comunicaciones con aquella Francia cuya cooperacion necesitaban, sus muelles, sus depósitos, sus construc-

ciones navales, sus sistemas hidráulicos para aprovechar el desnivel de los ríos, sus caminos reales á través del desierto, provistos de hospederías y fondas para las grandes caravanas en una extensión de noventa jornadas; esos palacios, esos templos, esos mausoleos cuyos restos arrojan las excavaciones en montañas de piedra armenia cincelada con arreglo á un arte viril y prepotente; — todo lo que de Babilonia aparece y de Babilonia se sabe, indica á no dudarlo que el Londres del Oriente, nada desmerecía ni achicaba con relación á la Babilonia occidental, antes de que se cumpliesen los vaticinios del Profeta.

Nínive su rival, amiga y enemiga á un tiempo, hermana y hermanastra, vencedora unas veces y al fin vencida; ciudad de la alegría y los placeres, del fausto y los jardines; centro de la voluptuosidad oriental, según los tiempos y las circunstancias podían consentirlo; núcleo de una filosofía anti-egipcia que del culto y contemplación de la muerte, con resurrección divina, pasa al culto y glorificación de la vida con fin humano indefinido; orgullosa representante de la sabiduría, de la ciencia, del arte, y de la industria; emporio de la actividad y transacciones universales del mundo antiguo; última muestra, en fin, de la corrupción y vicio de costumbres que originaron su santa maldición.

Ambas ciudades, pues, celebraban también hace seis mil años exposiciones públicas. Reuníanse en ellas los hombres de Oriente y Occidente aportando los objetos de lujo que en sus respectivas tierras se producían; y las perlas y piedras preciosas, el algodón, la seda y lana; las especias, incienso, marfil, ébano y tintes, eran los frutos de mayor transacción. Allí se exponían las alfombras babilónicas, célebres aun contando con la imposibilidad de haberse conservado; las ricas telas de lana y seda tejidas y bordadas con figuras de animales míticos, cuyas labores, al modo de las de Lyon, eran famosas no solamente por su mecanismo complicado, como por la elegancia y armonía de sus colores; los estimados sindones ó trajes flotantes de Babilonia que debieron ser industria tan arraigada como que sobrevivió á la ciudad misma que de ella se vestía; y por último, el trigo, que oriundo, á creer la tradición,

de los campos incultos de Mesopotamia se importó por primera vez en estas ciudades y comenzó á ser comido por los hombres.

Los mármoles, los granitos y las maderas bajaban por el Éufrates y el Tigris á proveer las construcciones asirias tanto de templos y palacios como de muelles y embarcaciones. Y es presumible, aun cuando no conste expresado en parte alguna, que esos extranjeros presentes á las grandes ferias de Babilonia y Nínive, contemplarian tambien los instrumentos y las máquinas que aquellas civilizaciones empleaban para sus grandes obras; pues si los templos y palacios se construian con tan asombrosa profusion; si los diques y almacenes de los puertos eran obras maravillosas que indujeron á Alejandro á restaurarlas; si los navíos podian contener al pueblo entero, que era toda la nacion, cuando un genio enemigo les vencia en la guerra; si tales y tan repetidos portentos de mecánica ejecutaban diariamente: ¿qué poderosas no serian sus gruas, qué firmes y qué colosales sus andamios, qué finos sus telares, qué vulgar su química de colores, qué potentes sus dragas, qué adelantado, en fin, y qué ingenioso todo su mecanismo para elaborar y construir en tal escala?

Convengamos, por consiguiente, en que las exposiciones de los asirios tendrian muy poco que envidiar á las de los europeos, como no fuera considerando que el progreso del mundo es una realidad, y que la ley de ese progreso no permite la vuelta de las cosas en idéntico modo, cuando las separan seis mil años de distancia.

Los hombres de nuestra época no han inventado las exposiciones: ellas existian porque fueron una necesidad del tiempo antiguo, como lo fueron del tiempo medio, como lo son del tiempo coetáneo. — Desde los Faraones del Egipto hasta los reyes constitucionales de nuestros dias, todos los poderes públicos extensos, fuertes y magestuosos han celebrado exposiciones universales. El Templo de Salomon, el Parthenon de Pericles, el Capitolio de Claudio, la Catedral de Colonia, la Alhambra de Alhama, el Escorial de Felipe II, son otras tantas exposiciones universales de artes y de industria. Donde quiera que estuvo la grandeza, el po-

der, las relaciones; las conquistas, y con ellos el dinero del mundo, allí estuvo la facilidad de producir, allí la conveniencia de mostrar, allí el núcleo del cambio, allí la arteria del comercio, allí un símbolo á donde reflujan las riquezas, los primores y la sávia toda del ingenio humano.

Pero el hombre del dia, al descubrir que no inventar las exposiciones, inventa la fórmula de resolver en provecho práctico del mayor número, lo que hasta ahora no habia sido mas que provecho teórico del poder central de las naciones. El progreso que nació absolutista, se ha hecho republicano insensiblemente; y lo que los esclavos fabricaban para grandeza y goce del señor, lo fabrican hoy los señores del ingenio para goce y comodidad de los mismos esclavos de la pobreza. El progreso tiende á generalizar la instruccion, la industria, el arte, el alimento, el vestido, la propiedad, la ciencia, todos los recursos, en fin, que de la tierra puede arrancar el hombre con el trabajo.

Bajo este punto de vista, las exposiciones universales no podian existir sino en el tiempo presente. ¿Qué son pues?

---

Háse creído por algunos que las exposiciones universales, á la manera de las particulares de los pueblos, son una especie de bazar ó vasto almacén de preciosidades, rarezas y objetos maravillosos, cuya afluencia se provoca para encanto de los sentidos, ó cuando mas para uso de profesores y potentados. Nada, sin embargo, mas erróneo que esta opinion.

Las exposiciones universales, emblema material del siglo en que vivimos, son, como acabamos de decir, la fórmula resultante de todo el progreso humano. — Desde que el pensador moderno proclamó como axioma la libertad comercial, desde que el correo dejó de ser una renta para ser un servicio de los pueblos, desde que el vapor ahuyentó la calma de los mares y acortó las distancias de la tierra, desde que el embajador principió á ceder su importancia al cónsul, desde que el telégrafo niveló los precios de los mercados, desde que el crédito sustituyó al movimiento de los metales, desde que todas las fuerzas confluentes de la civilización moderna dilataron el caudal de la industria, cuyo fundamento es producir, cuya consecuencia es abaratar, cuyo fin es extender el mayor número de comodidades á la mayor masa de criaturas posible, las exposiciones universales del trabajo humano aparecieron por sí mismas en el mundo; no fueron una invención, fueron, repetimos, un descubrimiento.

Era necesario, y mas que necesario posible, que todos los resultados de la producción, de la manufactura, del embellecimiento,

de la utilidad, se reuniesen en un punto dado para que todos los hombres los vieran, todos los estudiaran, los comprendieran, los desearan y quisieran imitarlos ó adquirirlos.

Reunidos en inmenso muestrario, en prospecto viviente y de universal lectura aquellos productos, un día solo bastaba para economizar viajes remotos, correspondencias numerosas, estudios profundos, cálculos infinitos á que antes se dedicaba el comercio para decidirse á adquirir lo que tal vez luego no correspondía á sus necesidades é intereses. Un solo día bastaba también para que los hombres de los mas distantes países se encontrasen cara á cara con quienes la conveniencia mútua les instaba á avistarse, pero á quienes jamás hubiesen conocido sin la ocasion de un punto céntrico de cita universal. Un solo día de esta exposicion acortaba en años el progreso comercial del mundo.

Pero no era eso todo. Tan gran concurrencia de gentes de todas partes, prestaba ocasion á los moralistas y pensadores para sacar provecho del espíritu, con motivo de los adelantos y exhibiciones materiales. Los hombres, al reunirse con un objeto industrial, podian reunirse también en conferencias de otro orden, cuyas ventajas irradiasen despues en los diversos países á que pertenecian. Los grandes problemas sociales, los políticos, los económicos, los de simple aplicacion moral, hallaban ocasion propicia de ser desenvueltos, discutidos y aceptados por quienes antes desconocian sus soluciones, acortando á la vez distancias, tiempos y vigiliass. Los Congresos para el adelanto de la ciencia social, los Congresos de beneficencia, los de estadística, los de sanidad, comunicaciones, sistema monetario, y cien institutos mas que en el mundo moderno se agitan con ánimo de difundir la civilizacion, la utilidad y el bien, todos ellos aprovechaban, decíamos, el concurso atraído por la exhibicion industrial para celebrar sus sesiones, allegar la suma de conocimientos individuales y extender en su día el resultado práctico de una observacion y una ciencia emanada de todos.

Los gobiernos, por su parte, enviando hombres ilustres á título de representacion nacional, enviando profesores á título de investigacion científica, y hasta simples operarios y escolares con

ánimo de aprender y adelantar en sus estudios privados, contribuirían á dar á conocer y á adquirir conocimiento relativo de una á otras naciones, formando grupos de inteligencias cosmopolitas, allí donde hasta entonces solo tenia grupos de individuos mas ó menos eminentes, pero ignorantes é ignorados en el exterior.

El sacudimiento, en fin, que experimentan los pueblos al ponerse en contacto inmediato con los que desconocian; la lucha noble y arrogante que se promueve en el espíritu humano ante las conquistas de otros pueblos y otros hombres; la honrada vergüenza del atraso propio, el patriótico anhelo de una nivelacion intelectual, la verdadera fórmula del progreso, por último, tales fueron las bases del raciocinio con que un inolvidable príncipe de la Gran Bretaña promovió la primera Exposicion Universal de la industria en 1851.

Tenemos, pues, que la extension civilizadora de estos certámenes alcanza á puntos desconocidos para la generalidad, y á mayor altura de la que por lo comun se les concede entre algunos pueblos y gobiernos. La concurrencia atinada y bien dirigida á uno de estos concursos, puede producir en pocos meses mayores resultados prácticos para el progreso de una nacion que muchos años de enseñanza en las aulas y de discusion y embate en los Parlamentos. — Solo á la vista de lo que otros hacen y nosotros descuidamos; solo en presencia de lo que otros crean y nosotros destruimos; solo abarcando en rápida pero influyente mirada la febril agitacion que domina en el centro de Europa hácia elevadas y trascendentales conquistas, es como puede sacudirse la glacial indiferencia con que solemos permanecer retraidos del concierto civilizador, ya que no entregados á miserables é indignos entretenimientos.

Tal es la verdadera y legítima explicacion de esas ferias de la industria y el arte para que las grandes naciones de Occidente citan hoy á todos los demas países del globo. No van, como en Alepo y en Medina, á servir sus palacios de centros de contratacion comercial y alhóndigas de granos para el abasto público: doble comercio de efectos y de ideas, de productos é invenciones, de belleza y baratura, de exclusivismo moral y generalizacion física, van

á servir de palenque á las luchas del entendimiento y de vehículo á los manantiales de la civilizaci6n.

En esto como en todo obedecen las sociedades á una ley de progreso, que inútil seria empeñarse en desconocer. Desde que Jesucristo arroja de la basílica romana á los mercaderes que profanan la nave central del templo con los contratos usurarios que celebran en las naves laterales, hasta que diez y ocho siglos despues se construyen basílicas de cristal y de hierro en cuyas naves se invoca el nombre de Dios, como en L6ndres sucedia cinco años hace, para que proteja y ampare los adelantos del espírиту humano, la historia nos refiere gradaciones de la misma índole, que prueban el incesante curso del progreso.

Las ferias de Alejandría y de Sevilla no se parecen ya, á fines del siglo XV y principios del XVI, á las ferias de Tiro y de Méμφis en cuanto al carácter exclusivo de sus transacciones. Emporios de riqueza y esplendor ambas ciudades, camino de las Indias del Oriente la una y de las Indias de Occidente la otra, son á la vez campo fecundo de comercio de ideas en el que brotan pensamientos humanitarios, empresas civilizadoras, hombres eminentes dispuestos á alguna cosa mas que comerciar.

Si no nos separase este estudio del fin y objeto á que nos dirigimos al presente, haríamos de buen grado consideraciones cronológicas que vinieran en apoyo de nuestra teoría; pero por fortuna nuestra teoría es harto vulgar y de dominio público, para que necesite especie alguna de comprobaci6n.

---

## IV

Remontándonos, pues, al origen de las exposiciones universales, que parte siempre de la necesidad, que abona la conveniencia y que la ocasion de circunstancias topográficas y sociales favorece, hallaremos una hilacion armónica entre estos mercados extraordinarios y el progreso político y moral de las sociedades.

Si los pueblos primitivos, pastores ó guerreros, filósofos ó indiferentistas, laboriosos ó abandonados no acudian periódicamente á los grandes centros de contratacion sino en alas de la necesidad y con el móvil del mas egoista de los intereses, el interés personal y exclusivo, los pueblos modernos han conquistado un nuevo móvil que es el origen á la vez de todas las nobles y patrióticas empresas : el móvil de la gloria, del servicio de los otros, de la utilizacion del ingenio y del estudio, del provecho y bienestar del género humano. — Entre los primeros á quienes congregaba el hambre y los últimos á quienes congrega el entusiasmo, media el abismo de la civilizacion. Y es que entre el Oriente y Occidente, ademas está Jesucristo.

En eso, pues, es en lo que se diferencian las exposiciones modernas y las antiguas : el fausto por el fausto, la abundancia por la necesidad, era ó podia ser el lema de los primitivos mercados : el fausto por lo bello, la abundancia por la difusion, es ó puede ser el lema de las modernas. — Los príncipes y magnates antiguos se rodeaban de las riquezas y objetos preciosos, para realzar con ellos su propia gloria y absorber la magnificencia

y esplendor de sus estados : hoy, por el contrario, las preciosidades y los objetos ricos se le dedican á cualquiera, con tal de que tenga para pagarlos ; y aun en esta parte se tiende á la generalizacion en vez del monopolio, pues á eso y no otra cosa conduce la competencia industrial con sus precios variables y reducidos. En cuanto á los objetos de uso comun y productos asimilables, no hay que decir cual sea la fórmula con que los ofrece el trabajo moderno : bello y bueno, fácil y barato, para todo y para todos.

Tal vez se diga que el espíritu predominante hoy en las elaboraciones de la industria, es tan interesado ó acaso mas que en tiempo alguno ; pero sin negar nosotros esta proposicion que se funda en el primer principio sobre que gira y girará siempre la actividad humana, debemos advertir que al interés pueden marchar unidas nobles y dignas prendas, que sin abolirlo ni minorarlo, porque esto no es posible, le honren y distinguan aun á los ojos del mas exigente moralizador.

Si del fondo pasamos á la forma de las exposiciones, no puede ya dudarse de su absoluta novedad ; hay entre ellas la distancia que separa al remo de la caravela, de la hélice del clípper. — El dia en que nació el crédito, víspera de ese otro dia en que el vapor fué generado, el mundo cambió de faz completamente. Pitt dando impulso á la rueda de los recursos, y Fulton dando impulso á la rueda de la locomocion, alteraron la forma del hacer : ¿ cómo no habian de alterar la forma del discurrir ? — Entre el crédito y el vapor nació la industria que se llama moderna ; esto es, la industria reglamentada y científica, la industria que se apodera de la naturaleza y del arte, que con una cara mira al interés y con otra al hombre.

Crece la industria, pues. A medida que su genio poderoso va desarrollando por donde pasa gérmenes de riqueza y haciendo brotar con su calor fecundo objetos útiles y civilizadores, los pueblos que principian á obtener sus beneficios, que tocan con sus manos esas ventajas y que disfrutan cómoda, y tranquilamente del progreso industrial, se apresuran, tal vez con inadvertencia, pero con razon sobrada, á erigir culto á la nueva divinidad que los protege,

creyéndose dichosos por nacer y vivir bajo su amparo. Y no dejan de serlo, ciertamente, desde el punto de vista de los intereses materiales; pues si revolviéramos el osario de nuestros progenitores, á pesar de cuanto en elogio de sus tiempos se dice por algunos, no oiríamos otra cosa que lamentaciones y amargas quejas por lo estéril y pobre de su vida, con algo de manifestaciones envidiosas por gozar las comodidades y adelantos que á esta generacion moderna nos regala la actividad económica del siglo XIX.

Embriagados, decimos, los hombres de la industria con sus propias conquistas, instituyen fiestas en honor del talento y del trabajo; galardonan el afan y la perseverancia; acarician á otros hombres, sus vecinos, para buscar su asociacion y amistad, su concurso y su trato, sus producciones y elementos singulares; logrando de este modo que al levantar palacios encantados y fastuosas mansiones, cuya atmósfera aromática y embelesadora cuidaron de difundir por todas partes, se apresuren hasta de las regiones mas remotas á venir en ayuda del movimiento universal, con los ojos abiertos á la luz y la codicia puesta en el botin que es producto de la victoria.

Para lograr estos objetos, nació tambien coetánea á la evolucion industrial del pasado siglo, la idea de establecer campos de exposicion, donde, á la vez que se evidenciase el adelanto obtenido hasta una fecha dada, brotase con el estímulo el afan de la mejora y perfeccionamiento. De aquí datan las exposiciones modernas de la industria; pues no nos ciega el amor patrio hasta el punto de que achaquemos á una princesa española el origen de estos concursos, por mas que ella, comprendiendo el espíritu del pensamiento y hermanándolo amorosamente con la piedad, fuese la que por vez primera convocara en las iglesias de Flandes una exposicion de productos florícolas — Permítasenos, sí, recavar para España la gloria de esta idea, y cubramos con esa alfombra de históricas y legítimas flores el sepulcro de la virtuosa hermana de Carlos V.

Inglaterra pretende ser el fundamento de las exposiciones de la industria, haciéndolas brotar de su reunion tipográfica de 1757. Francia imperial, que con un patriotismo, hasta cierto punto loa-

ble, todo lo refiere en el día á la cuna del cesarismo napoleónico, consigna la existencia de una breve exposicion industrial en 1798, durante las guerras de su revolucion, para venir á conceder al primer Cónsul la gloria de inaugurar por sí mismo en el palacio del Louvre la exposicion extensa y reglamentada de 1801. Fué Napoleon, en efecto, el primero que dictó leyes para la convocacion de concursos anuales, donde la industria mostrara sus adelantos y la emulacion produjera sus naturales consecuencias; fué el primero que albergó en palacio de reyes los frutos del trabajo y de la civilizacion; el primero, en fin, que organizó un sistema de recompensas parecido si no igual al que hoy se usa, y un sistema de estudios semejante al que por bueno é irremplazable se tiene hasta ahora.

Pero los ensayos mas ó menos eficaces, mas ó menos extensos que en toda la primera mitad del presente siglo se han realizado, y que como cuna de las exposiciones deben contarse, no privan al príncipe Alberto de Inglaterra de haber dado la forma, el tono y la viril esencia á los certámenes industriales y artísticos que en la segunda mitad celebre el universo. Él, desde el puente de ese navío anclado que se llama Inglaterra, y que á bordo conduce treinta millones de viajeros cosmopolitas, fué quien con elevados impulsos y nobles pensamientos convocó á las naciones para el palacio de Hyde-Park en 1851, ofreciéndolas alojamiento, honor y recompensa. Quizá á nacion alguna hubiera podido ocurrírsele este paso, por miedo de quedar desairada en cuanto á la calidad de su propia industria ó en cuanto al número de los concurrentes á la cita; pero si la Gran Bretaña era quien podia inspirar confianza á los demas pueblos y no temer la concurrencia de sus productos; si ella sola habia conquistado hasta entonces tan preciosos privilegios con la ilustracion, la actividad y el severo trato de sus hijos, siempre le queda al príncipe la gloria de haber comprendido el verdadero estado de su pais, y resuelto el problema de la asociacion universal.

Cuatro exposiciones, por consiguiente, son las únicas que con carácter propio y genuino del siglo actual, se han verificado hasta la fecha: — Londres en 1851, París en 1855, Londres en 1862,

París en 1867. — De estas cuatro nosotros hemos asistido á tres : estamos, puede decirse, saturados de su forma y carácter ; las conocemos como amigas y hermanas ; por lo cual, deseosos de transmitir al público nuestras impresiones sobre ellas para que se forme idea segura de su marcha, aplicaremos antes de nada los sentidos del cuerpo á su exámen exterior, diciendo lo que se ve, lo que se oye, lo que se huele, lo que se gusta y lo que se palpa en las exposiciones universales de la industria.

